



**Universitat de les
Illes Balears**

Títol: De la violència a la moral

NOM AUTOR: Jesús María Delgado Arjona

DNI AUTOR: 41539998-C

NOM TUTOR: Lucrecia Burges Cruz

Memòria del Treball de Final de Grau

Estudis de Grau de Filosofia

Paraules clau: Egoísmo, violència, altruismo moral, altruismo biológico, conciencia de grupo.

de la

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

Curs Acadèmic 2012-2013

Cas de no autoritzar l'accés públic al TFG, marqui la següent casella:

Introducción

El objetivo a lo largo de este trabajo es realizar un análisis sobre cómo se genera la conducta altruista entre los miembros de un grupo. Se hablará en primer lugar del individuo egoísta y violento que solo conoce una forma de existencia segura, ésta es la violencia y la conservación por egoísmo. En línea con las teorías darwinistas de la selección natural cabe destacar que ésta actitud egoísta parece la única con sentido para asegurar la conservación de los genes por parte de un individuo en soledad.

Tras el análisis de la actitud violenta y egoísta se tratará de sentar una primeras bases para introducir los indicios del origen de la vida en grupo con el objetivo de plantear como los beneficios de este tipo de vida social superan con creces los beneficios de una vida individual, es más algunos especialistas plantean como puede aparecer en dicha vida común pequeños brotes de vida egoísta de miembros que no son capaz de adaptarse a una vida compartida, y en cierto modo entregada al bienestar de un grupo y no solo de uno mismo. Se intentará dar algunas bases de cómo se podría generar este tipo de comportamiento social.

Se planteará a su vez, explicar cómo los comportamientos hacia ese individuo, por parte de los otros miembros del grupo, puede variar y empujar hacia una conducta común, ya sea mediante castigos o ignorancia hacia éste. Será planteado como de este tipo de actitud compartida es capaz de aparecer una actitud de altruismo moral, un tipo de altruismo que va mucho más allá que el simple altruismo biológico que presentan la mayoría de los animales a parte del hombre. Es en nuestra especie donde se da este tipo de comportamiento altruista que puede contemplar la opción de un sacrificio o el surgimiento de los llamados héroes en tanto al sacrificio mutuo con el fin de salvaguardar la existencia de otros miembros del grupo.

Continuando con el análisis sobre el altruismo se planteará una tesis que tratará de defender como los miembros de un grupo son capaces de deshacerse casi por completo de su deseo de autoconservación y la de sus propios genes, y como es capaz de adaptarse a una vida en grupo llena de beneficios, en este punto trataré

de vincular este hecho a un distinto planteamiento de selección natural. Se concluirá realizando un pequeño análisis de cómo esa actitud moral que los miembros de un grupo desarrollan puede considerarse como cambio evolutivo beneficioso para la vida casi en todo tipo de medios y bajo la mirada de grandes depredadores.

El individuo egoísta

El egoísmo es quizá la actitud más antigua que los individuos, ya sean animales o humanos han desarrollado. En primer lugar existió el ser solitario, un ser que se encargaba de sobrevivir mediante sus propios medios. Éste tenía como actitud principal la violencia, ésta era la única arma que tenían para poder defenderse del medio en el que se encontraba y de los otros miembros con los cuales se veía obligado a convivir. El deseo por sobrevivir es uno de los instintos primarios, se podría plantear que la nutrición no es más que un arma instintiva para conservarnos, del mismo modo se podría asegurar que la reproducción lo es, aunque, en esta segunda, con el objetivo de salvaguardar nuestros genes, no nuestro yo corpóreo. En este sentido es posible vincular la conservación, que es aquello que genera la actitud violenta, con los instintos primarios que comparten tanto hombres como animales. Volviendo al individuo violento:

Me llamó la atención, por una parte, la extraordinaria dureza de la lucha por la existencia que debe sostener la mayoría de las especies animales contra la naturaleza inclemente, así como la extinción de grandes cantidades de individuos que ocurría periódicamente, en virtud de causas naturales, debido a lo cual se producía pobreza de vida y despoblación en la superficie de los vastos territorios donde realizaba yo mis investigaciones¹.

Como se puede observar en este breve fragmento que Kropotkin escribió tras realizar varios viajes de investigación de la vida animal de la Siberia Oriental y del Norte de Manchuria, salta a la vista la cantidad de obstáculos con los cuales se puede tomar el ser humano a lo largo de la vida. No solo depredadores capacitados y de mayor tamaño, sino también escasez de alimento y cambios naturales del

¹ KROPOTKIN [1976, Introducción]

ecosistema. Frente a este tipo de circunstancias es cuando el individuo genera una consciencia individual. Este es un rasgo de gran importancia puesto que sobre él será valorada esa actitud violenta. La vida de un individuo está constantemente plagada de problemas que pueden suponer un peligro para su existencia. Es por ello que cuando aparece esa consciencia individual donde comprendemos que todo lo que vemos, todo lo que nos rodea no es más que una parte extensa de lo que no somos. Puede surgir en este contexto la actitud de desconfianza y egoísmo que nos hace sobrevivir en realidad.

La búsqueda de alimento y la desconfianza frente a otro nos convierte frente a los demás no solo en competidores, sino también en enemigos. Un miembro, aunque aparente ser de nuestra misma especie no es más que un peligro, por ello el individuo solitario no se plantea un acercamiento social o cooperativo por muy beneficioso que este fuera. La única prioridad que prevalece siempre es la de conservación y por lo tanto la de la violencia.

La conciencia, en tanto cualidad de la mente, nos hace sentirnos especiales como individuos, porque el sentido de sí mismo, por definición, excluye a los demás. La misma cualidad no ha llevado –a nosotros el *Homo sapiens*– a sentirnos especiales en el mundo, distintos y separados².

Como se puede observar por este breve fragmento, la conciencia de un nosotros nos hace al momento diferentes del lo otro; lo que no es nuestro es lo otro, lo peligroso, de lo que debemos temer, una actitud que hoy día conservamos por muy evolucionados que nos sintamos. El hecho importante es que bajo esta condición es donde surge la actitud violenta. En este sentido, es necesario establecer una doble diferencia en ese aspecto: Aunque en esta condición seamos conscientes de que todo puede dañarnos muchos miembros generan la actitud de la violencia como medio para lidiar con lo otro, es decir, existe una conciencia de tamaño, de fuerza y rapidez³ no solo propia, sino también de nuestros vecinos. Si más no, teniendo en cuenta esta capacidad es posible plantear la existencia de los primeros “abusones”, por así llamarlos, que pudieron coaccionar a otros miembros de su medio.

² LEAKEY y LEWIN [1994, p.251]

³ DUKATKIN [2007, p. 34]

Se puede plantear, por lo tanto, que la vida violenta y egoísta podía sacarle mucho partido al medio, no únicamente como medio de supervivencia, sino también como medio de instrumento de expropiación de los alimentos que otros pudieran haber recogido y también como medio para protegerlos de otros miembros. La violencia se presenta por lo tanto como una herramienta útil para sobrevivir sin tener que realizar duras tareas diarias para dar con alimento o cobijo. Por lo que se ha planteado hasta el momento, la violencia y un cuerpo preparado para ello, van estrechamente de la mano, en este sentido me surge la pregunta ¿Qué alternativa tenían aquellos miembros menos preparados, ya sea por un menor tamaño o por menor iniciativa para la violencia?

Ha sido visto que el individuo egoísta, el cual presenta además mayores capacidades de lucha en su constitución física, es aquel que logra sobrevivir, y también aquel que logra perpetuar sus genes violentos, pero ¿Cómo es posible por lo tanto que haya en momentos posteriores se diera un gran crecimiento en tanto a grupos de convivencia? A simple vista, no parece que haya ningún problema en llevar este tipo de vida egoísta si tienes las capacidades adecuadas para llevarla a cabo. Si necesitas alimento lo buscas, si necesitas cobijo puedes encontrarlo, defenderlo e incluso apropiarte de él. Esta actitud nos dota como especie de una gran capacidad de adaptación y nos garantiza la supervivencia. La violencia nos acerca todo lo que necesitamos del mundo para subsistir, ya sea desde alimentos a la propia protección ¿Por qué motivo deberíamos abandonar esta actitud o porque motivo desapareció posteriormente? Al parecer las tesis que Darwin proponía y su “lucha por la existencia” parece ser efectiva y evolutivamente adecuada para salvar nuestros genes. Piotr Kropotkin llevo a cabo investigaciones que pudieron dar con una posible y coherente respuesta que ponía en tela de juicio los planteamientos del propio Darwin:

“Las especies que han habitado cada uno de los sucesivos periodos de la historia del mundo, han vencido a sus predecesores en la carrera por la vida y con en este sentido superiores a las demás especies en la naturaleza, hecho que a la postre determina una evolución progresista”. Ante tales argumentos y después de observar que cuando existía una escasez de alimentos ocasionada por las condiciones climáticas tan extremas, como suelen presentarse en el Asia Septentrional, Kropotkin

manifiesta que la especie a quien afectaba esta calamidad, salía de la prueba experimentada con una pérdida de energía y salud tan grande que ninguna evolución progresista de las especies podía basarse en semejantes periodos de lucha aguda⁴.

Tal y como se ve en éste el fragmento, una de las causas que podrían hacer que el individuo solitario desechara su actitud violenta podría ser la imposibilidad de seguir con ella cuando se producían bruscos cambios en su ecosistema. Un gran cambio climático podría suponer como bien hemos podido observar en el fragmento día y día en busca de alimento y en el peor de los casos la posibilidad de alejarse de las zonas más conocidas y desprovistas de depredadores que pudieran ponernos en peligro. Todo esto supone un gran malgaste de energía que más tarde no podremos suplir con alimentos. Este podría ser uno de los principios fundamentales para el abandono de la conducta violenta y solitaria. Ya que dentro de un grupo el alimento es buscado por más miembros y es repartido entre todos, de este modo la flaqueza de la búsqueda de alimento bajo condiciones desfavorables queda prácticamente eliminada, pero además contra más individuos participando en una acción como podría ser la búsqueda de alimento, menos energía se desperdicia, algo que sin lugar a dudas ayuda a la conservación.

Convivencia grupal, beneficios y posibles problemas

Hasta el momento se ha visto como los individuos egoístas vivían sin ningún problema, pero se ha hallado una novedad, como bien propone Piotr Kropotkin. Es de entender que muchos miembros con semejanzas biológicas no tuvieran más remedio que agruparse para poder sobrevivir al medio y a los depredadores con los cuales podían compartir los mejores ecosistemas.

La convivencia común no podía ser un hecho tan sencillo como la unión de muchos miembros que se necesitaban los unos a los otros, es necesaria un mayor análisis

⁴ LOPEZ ORTIZ [2006, p.4]

del fenómeno para poder asimilar este hecho evolutivo. Si lo pensamos, la vida grupal ya presenta cierto nivel de altruismo o de reconocimiento del otro. Se deja de lado el miedo y la desconfianza hacia todo lo que no somos únicamente nosotros mismos y, en cierto modo, se expande a miembros con los cuales compartimos parentesco. En un grupo familiar por ejemplo, los padres invierten gran cantidad de energía para cuidar de sus hijos porque esto aumenta sus posibilidades reproductivas. En este sentido es posible apreciar que el cuidado paternal en cierto modo ya es una conducta altruista pero en una fase muy primaria donde más que poner nuestra vida en peligro en pos de otro, lo que hacemos es intentar conservar la eficacia reproductiva que es la que conservará nuestros genes.⁵ Pero el comportamiento altruista que posibilita la vida grupal puede también ser favorecido por la selección natural aun en grupos de individuos que no son parientes.

A continuación, y para respaldar la evolución que supone una vida en grupo, se hablará de los diferentes beneficios que esta puede suponer. No solo la búsqueda de alimento es mucho más sencilla y está más asegurada, sino que también hay rasgos de conservación menos nutricionales que se ven satisfechos. Como bien puede ser el aviso de depredadores cercanos y incluso la ayuda a miembros del grupo que no pueden, por sus circunstancias, conseguir todo aquello que necesitan.

Existe una actitud altruista en los miembros de un grupo que los obliga a compartir los alimentos encontrados, a repartirse las diferentes tareas necesarias, puesto que contra más aumente el grupo más tareas aparecerán que deben llevarse a cabo, pero no resulta un problema si todo están dispuestos y cooperan. No obstante, qué pasaría si uno de los miembros del grupo, que aún conserva esa actitud egoísta y que además su cuerpo le proviene de armas para la violencia, estuviera conviviendo dentro del grupo sin llevar a cabo ninguna tarea y recibiendo los beneficios de todo el trabajo grupal. Al parecer es necesario creer en un rasgo común entre los miembros de un mismo grupo que les obligue a ver al diferente. Los miembros activos de un grupo podrían castigar o bien ignorar al individuo que no llevara a cabo las mismas tareas que ellos realizan por el bien del grupo, este es

⁵ AYALA [1995, p. 83-85]

un hecho de gran importancia ya que podría ser un rasgo definitorio para explicar la extinción del “gen egoísta”⁶ en nuestra especie. En este sentido, y en palabras de Piotr Kropotkin, «el hombre acaba existiendo para la sociedad más que la sociedad para el hombre⁷». Se puede plantear que, consecuentemente, en cierto modo, el individuo egoísta y violento se ve empujado a realizar las mismas acciones cooperativas que el resto de miembros, o bien, intenta sobrevivir por sus propios y reducidos medios, cosa que no le beneficia en términos de reproducción. Podría ser ésta una posible explicación para la extinción del individuo solitario y violento con motivo de conservación y aceptación grupal. El número, en este aspecto, puede más que cualquier herramienta con la que nos provenga nuestro cuerpo, simplemente el individuo egoísta se introduce dentro del grupo y deja todo su antiguo comportamiento guardado únicamente para la conservación física de su propio cuerpo, así como también para proveer de capacidades como la del centinela al grupo. Como conclusión para cerrar este apartado se puede plantear que la conducta egoísta se abandona y se amplía a una conciencia colectiva donde el grupo y la supervivencia de éste gana mayor importancia que la de uno mismo, pero esto es adelantarse demasiado.

El objetivo a continuación es comentar las diferentes medidas que se pueden llevar a cabo teóricamente para poder conservar el grupo; una de ellas es la que se planteó Wynne-Edwards:

Se planteó la existencia en algunos animales de ciertos mecanismos eficaces para evitar la sobreexplotación de sus hábitats. La forma de lograrlo consistiría en una autolimitación de las capacidades reproductivas.⁸

Cuando los individuos se convierten en miembros de un grupo su comportamiento sufre variaciones que un individuo solitario y egoísta jamás se plantearía⁹. En soledad, nuestra vida está llena de necesidades que necesitan de una inversión de energía, necesitamos llevar a cabo las dos actividades indispensables que nuestros

⁶ *Ibidem*

⁷ KROPOTKIN [1976, Introducción]

⁸ CELA y AYALA [2005, p. 521]

⁹ KROPOTKIN [2009, p. 99]: «J.Kunstle ha demostrado de forma definitiva que los animales inferiores se modifican con facilidad no sólo en talla, sino también en lo que respecta a sus forma entera, cuando se altera su entorno aunque solo se aligeramente».

instintos de supervivencia nos proviene; alimentarnos y reproducirnos. Como se ha explicado con anterioridad, en una vida grupal, el miembro de ésta se plantea la posibilidad de alimentarse algo menos para dejar para los demás, en buscar comida que no solo el aprovechará y, como se ha visto con el ejemplo del fragmento citado, incluso llegar a plantearse una reducción reproductiva para que las zonas de alimento no queden arrasadas. Como se puede observar el nivel de conciencia y cooperación al que se llega mediante la convivencia en grupo es sorprendente. A continuación mostraré otro ejemplo más que nos ayudará a entender la relación grupal de un modo más individual:

Un pájaro centinela situado en un árbol, vigilando la posible llegada de un ave de rapiña, mientras que el resto de la bandada se alimenta en un campo cercano, está incurriendo en una pérdida pequeña al no comer en ese momento; pero tal pérdida es más que suficientemente compensada por las demás veces en que él se alimenta y alguno de sus compañeros vigila¹⁰.

Como plantea el fragmento; un miembro que pertenezca a un grupo no solo puede dejar de lado por un momento sus necesidades e instintos primarios, sino que es capaz de ponerse en peligro para que otros miembros puedan satisfacerlos. En un sentido individual, un miembro podría estar dispuesto a desperdiciar sus energías y a sacrificar o retener sus necesidades más primarias con el fin de que en otro momento otro miembro realice la misma acción hacia él y él no tenga que perder el tiempo de alimento en atender si el lugar está desprovisto de depredadores que podrían poner su vida en peligro. En este sentido, se podría hablar ya de una conducta altruista, no solo en nosotros, como se ha planteado a lo largo del trabajo, sino también por parte de los animales, aunque no de la misma manera. La pregunta que aún está sin resolver es: ¿Qué llevó al hombre a realizar dicho cambio en su comportamiento, donde surge esa conducta altruista ligada a la moral?

¹⁰ AYALA [1995, p.84]

Altruismo moral

Como se ha tratado de explicar a lo largo de este trabajo, una vida grupal necesita un ingrediente indispensable como es una conducta altruista hacia otros individuos. Parece fácil y razonable, pero deberíamos preguntarnos cómo puede darse dicho acercamiento entre individuos antes de la vida común, y qué nivel de altruismo existente hay entre nosotros para que se de dicho acercamiento.

El altruismo pudo evolucionar a partir de lo conocido como “selección familiar”¹¹. Según éste tipo de selección natural los individuos son capaces de contemplar a sus parientes a la hora de evaluar la eficacia biológica. Esto significaría, por lo tanto, que los individuos podrían, en un momento dado, plantear que sus propios genes también se encuentran en sus parientes y que, por lo tanto, su conservación también es indispensable para que exista un mayor número de individuos con sus genes.¹² El cuidado parental es una de las formas de altruismo que pueden valorarse como primarias en los seres humanos, al igual que en otros animales. El padre o progenitor lleva a cabo un consumo de energía que va más allá del que necesitaría de forma individual para poder satisfacer sus necesidades biológicas y a cambio asegura la continuidad de sus genes aumentando las posibilidades de reproducción de sus hijos, los cuales conservan el material genético del progenitor.

La selección familiar se aplica igualmente a otras situaciones de altruismo; en general a todas aquellas en que la energía invertida, o el riesgo corrido por un individuo, son compensados en exceso por los beneficios conseguidos al aumentar la eficacia de sus parientes. Cuando más estrecha sea la relación de parentesco entre los beneficiarios y el altruista, y más grande el número de beneficiados, más alto son el riesgo y esfuerzo que el altruista puede invertir¹³.

¹¹ CELA y AYALA [2005, p.66].

¹² *Ibidem*, «Merece señalar al respecto que un individuo comparte la mitad de sus genes con cada uno de sus hijos, de manera que un gen que promueve el altruismo parental será favorecido por la selección si el costo del comportamiento altruista a favor de cada hijo es menos de la mitad de los beneficios que recibe el hijo».

¹³ *Ibidem*

Un comportamiento altruista entre individuos que suelen vivir juntos y que comparten parientes o familiares no es realmente sorprendente, pero al menos nos sirve para teorizar sobre un primer tipo de altruismo existente como el que puede haber entre una madre y su cría, o entre hermanos. Se puede plantear, por lo tanto, la existencia de cierto nivel de conciencia familiar y, consecuentemente, una actitud altruista no es difícil de imaginar. Sin embargo, qué ocurre con miembros que no comparten parentesco familiar. En ocasiones también se dan comportamientos altruistas entre individuos que solo comparten semejanzas biológicas, en el reino animal incluso pueden verse este tipo de comportamiento entre miembros de diferentes especies. En estos casos existiría lo conocido como “comportamiento recíproco”¹⁴. Esto supone la inversión de una cantidad de energía para beneficiar a otro, pero a su vez nuestro comportamiento se ve respondido con un comportamiento similar que en este caso nos beneficia a nosotros.¹⁵

Estos tipos de altruismo son del tipo biológico, esto es, cualquier animal puede mostrar este tipo de comportamiento, en tanto a que en él existen ciertos rasgos de egoísmo, ya que en todos los casos buscamos un beneficio realizando ciertas acciones que, a la larga, otros miembros del mismo grupo al que pertenecemos realizarán por nosotros. Pero este tipo de altruismo se puede ver en la gran mayoría de animales: «¿Cabe llamar “altruista” a un individuo que se sacrifica porque sus genes se lo ordenan? ¿Es “altruista” o más bien “egoísta” un gen que produce esos sacrificios en su propio bien?¹⁶». El altruismo que presenta el ser humano es del todo diferente; es el denominado altruismo moral y hace referencia a la conducta que llevan a cabo los miembros del género *Homo*, donde no solo se da un tipo de altruismo que tiene como objetivo la conservación de nuestros genes y donde, además, se da cierto tipo de nivel de conciencia y de anticipación de las acciones que realizaremos como miembros. Existe un nivel de estrategias cognitivas que valora la mejor forma de actuar, pero además existe un nivel de conciencia a la hora de actuar y no se valora las consecuencias de nuestros actos, como si ocurría en el altruismo biológico, en el cual no existe ninguna mente, solo

¹⁴ *Ibidem*, p. 67

¹⁵ *Ibidem*, «El altruismo recíproco se da por ejemplo entre chimpancés que se limpian la piel entre sí en busca de piojos y otras plagas».

¹⁶ CELA [2002, p.246]

instintos¹⁷. Tal y como Cela y Ayala¹⁸ nos exponen en su obra, Sober distingue ambos tipos de conducta altruista por la posesión de un cierto tipo de mente y de motivos psicológicos que impulsen la acción de un individuo (esto en el caso del altruismo moral).

La forma en la que hemos planteado el problema de la distinción entre el altruismo biológico y el moral puede también abordarse desde la distinción entre las capacidades innatas y adquiridas del ser humano.

Aquello que históricamente ha sido llamado “innato” se corresponde con lo que Damasio llama, en su obra, “reguladores básicos” los cuales no son sino los instintos y aquellos recursos biológicos para la manutención del cuerpo que llevan a cabo una *regulación instintiva*¹⁹. De otro lado, aquello que se entiende como “adquirido” son estrategias desarrolladas en la sociedad, transmitidas mediante la cultura y que además implican un grado mayor de consciencia y de deliberación²⁰. Ambos, lo innato y lo adquirido, contribuyen a la supervivencia del individuo, por ello son llamadas estrategias de supervivencia, o bien instintivas, o bien suprainstintivas²¹.

Definitivamente, aquello dado por la biología supone un cierto tipo de consecuencias normativas para el individuo en particular, pero a nivel colectivo «en las sociedades humanas existen convenciones sociales y normas éticas por encima de las que ya proporciona la biología²²». Ambos elementos contribuyen a la vida del hombre y, consecuentemente, a su identidad en la medida en la que otorgan al individuo unas pautas acorde a las cuales tiene que realizarse y construirse.

El origen de la conducta moral

Es sabido que nuestros antepasados del Plioceno ya tuvieron que enfrentarse a dificultades climáticas. Lo que se supone es que debieron tener la capacidad de interpretar el medio y anticipar conductas para aprovechar esa situación. Se

¹⁷ CELA y AYALA [2005, p. 523]

¹⁸ *Ibidem*

¹⁹ DAMASIO, A. [2010, pp. 142]

²⁰ *Ibidem*, p. 150

²¹ Utiliza ambos términos a lo largo del capítulo sexto.

²² *Ibidem*, p. 151

presupone que la supervivencia del *Australopithecus* viene garantizada por la elaboración de herramientas y por un alto grado de altruismo biológico que les ayudó a competir frente a las dificultades ambientales y otros depredadores. Fue su condición desfavorable la que se supone que ejerció cierta presión en el aumento del desarrollo cerebral²³. En la medida en la que la complejidad cerebral fue aumentando la organización del grupo y de la convivencia debió inclinarse hacia conductas éticas ligadas a un tipo de conducta altruista que progresivamente se fue alejando de su origen biológico. Debatir sobre la presencia de conductas morales en el *Homo habilis* no podría ofrecer ningún tipo de respuesta clara, sin embargo, avanzando hasta el *Homo neandertalensis* quizás se podría hallar el origen de la moralidad tal y como la estamos tratando en este trabajo. Un rasgo peculiar de los neandertales es que se cree que enterraban a sus muertos, de esta manera: «El hecho en sí mismo de enterrar a un ser próximo indica [...] un cierto nivel de pensamiento que puede relacionarse con las prácticas morales²⁴». A partir de los yacimientos es posible analizar las condiciones en las que fueron enterrados esos individuos. El caso de Shanidar I es ejemplar: se trata de un neandertal adulto, de mediana edad, que muestra una cantidad de atrofias, fracturas y deformaciones que parecen exigir que tuviera que recibir un alto grado de cuidados por parte de sus congéneres durante años.

Cabría preguntarse si es posible que el desarrollo de una habilidad como el altruismo moral pueda ir ligado o, incluso, estar incentivado, por el crecimiento de otras capacidades cognitivas tales como el habla, la conciencia de uno mismo o la capacidad simbólica.

Al menos inicialmente se podría establecer un estrecho vínculo entre la autoconciencia y el altruismo, ya que, al menos en el caso de su vertiente moral, parece exigir un mínimo grado de conciencia de uno mismo, puesto que el individuo pone en riesgo su propia existencia y decide hacerlo por mor de ayudar a un allegado. En este sentido, la capacidad de poder realizar esta elección entre la propia supervivencia y el riesgo de ponerla en peligro por el bien de otro, depende de que dicho individuo posea al menos las bases de una autoconciencia definida.

²³ CELA y AYALA [2005, p. 527-528]

²⁴ *Ibidem*, p.529

Quizás el anciano neandertal de la Chapelle-aux-saints pueda ser un ejemplo: su dentición y el estado de sus huesos, además de su considerable edad, indican que no podría haber sobrevivido por sí mismo, así que tuvo que depender de la ayuda de aquellos que convivían con él. Podría ser éste, conjuntamente al caso de Shanidar I, un ejemplo del posible origen de una conducta altruista no ligada a la biología.

Puede que un sistema de comunicación parecido a un lenguaje favoreciera también a este tipo de conducta altruista, incentivando la creación de vínculos mediante prácticas conjuntas tales como el canto (como propone Mithen (2007) a lo largo de su libro). Este tipo altruismo no tuvo por qué darse únicamente como prácticas, sino también como gestos o sonidos que engendraban unos u otros sentimientos en el grupo. De esta forma, el lenguaje sería el medio en el que promover ciertas prácticas morales, y también el medio en el que se substituiría la imposición de un castigo físico por uno “verbal” sobre aquél que actuara perjudicando al grupo (mediante gritos o entonaciones guturales, por ejemplo).

Pese a que se pueda determinar exactamente qué tipo de vocalización poseía el *Homo neandertalensis*, es conocido el hallazgo de un hueso hioides en el yacimiento de Kebara. Lo que indica este hueso y la posición en la que se encontraba, es que los neandertales, al menos anatómicamente, poseían capacidades lingüísticas semejantes a las del *Homo sapiens*, aunque es preferible por autores como S. Mithen que los neandertales utilizaran un tipo de comunicación mediante entonaciones guturales y no tan vocalizadas. En cualquiera de los casos, el hallazgo de ese hueso demuestra que los neandertales, situados en el supuesto origen de una capacidad moral ligada al altruismo, pudieran hacer uso del lenguaje para promover este tipo de prácticas y para lograr cierto tipo de cohesión social que evitara enfrentamientos y problemas dentro del grupo²⁵.

²⁵ MITHEN [2007, p. 305-308]: Steven Mithen nos narra un ejemplo en las páginas marcadas donde nos informa de los beneficios que puede tener la música o el sonido rítmico a la hora de construir una cohesión de grupo entre los diferentes miembros de éste. Nos pone un ejemplo según el cual NcNeill comenzó un entrenamiento militar donde solo formaban y cantaban siguiendo el ritmo él y sus compañeros, con el paso del tiempo ese ejercicio creó entre ellos un sentimiento de unión y cohesión.

Conclusión

Acorde a la visión darwinista, la selección natural ha favorecido algunos aspectos de nuestra conducta instintiva y ha desechado muchos otros, siempre a favor de que fueran útiles a la supervivencia del portador de dichos rasgos. La conducta altruista, desde este punto de vista, no parece un tipo de aptitud que conlleve un favor para la supervivencia, sin embargo, así ha sido. Como se ha planteado en el apartado El individuo egoísta de éste trabajo, hay dificultades que un individuo por sí sólo no puede resolver, tales como un cambio climático o la escasez de comida. La conducta instintiva, únicamente, no parece ser totalmente eficiente para paliar con este tipo de desventajas dentro de un grupo, debido a que ese grupo carece de un tipo de orden moral que les cohesionen entre sí. Las conductas morales, sin embargo, favorecen a un tipo de integración en el colectivo que les permite establecer vínculos entre sí más allá de las relaciones naturales de parentesco y, de esta manera, pueden satisfacer sus necesidades biológicas con una mayor facilidad.

Del mismo modo que Arsuaga y Mendizabal²⁶ entienden la inteligencia humana como una consecuencia de la selección natural, quizás ese mismo desarrollo cognitivo favoreciera al desarrollo de capacidades no-biológicas que, sin embargo, favorecieran a la biología. El desarrollo de la capacidad simbólica, del lenguaje, de la conciencia y de la moral parece estar estrechamente ligados entre sí, además de resultar como una ventaja que va más allá de la genética a la hora de garantizar la supervivencia de nuestra especie hasta nuestros días. Al parecer, impulsados por las dificultades ambientales y, conjuntamente, con el desarrollo de una mayor complejidad cerebral, el género *Homo* fue desarrollando paulatinamente una conducta orientada hacia la supervivencia y que, no obstante, no está determinada instintivamente, aunque su origen sí sea biológico. Esta conducta deviene hoy como la base de un orden que ha tratado de motivar, a lo largo de la historia, un respeto hacia nuestros semejantes garantizado por la adhesión colectiva a unas leyes que estipulan las pautas de conducta moralmente aceptables y que también

²⁶ ARSUAGA y MENDIZABAL [2001, p. 19]

castigan aquellos individuos que actúan en contra del grupo. Si se contempla el altruismo moral desde una perspectiva progresista se puede comprobar que, hasta la fecha, ha sido la capacidad que ha servido a nuestra especie para garantizar nuestra supervivencia, a la vez que ha motivado la convivencia grupal acorde a unos patrones de lo que es correcto e incorrecto dentro de un colectivo determinado. Puede que el origen del altruismo y, con él, de la capacidad moral, no sea sino el origen del bien y del mal, de las leyes y del caos.

Bibliografía

- Arsuaga, J. L. y Mendizabal, I. (2001). El origen de la mente. *Investigación y Ciencia*. Vol. 302.
- Ayala, F. J. (1995). *Origen y evolución del hombre*. Madrid: Alianza.
- Cela, C. J. (2002). La filogénesis de los homínidos. *Diálogo filosófico*. Vol. 53.
- Cela, C. J. y Ayala, F. J. (2005). *Senderos de la evolución humana*. Madrid: Alianza.
- Damasio, A. (2004). *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica.
- Dugatkin, L.A. (2007). Qué es el altruismo. La búsqueda científica del origen de la generosidad. Madrid: Katz editores.
- Kropotkin, P. (2009) *La selección natural y el apoyo mutuo*. Madrid: CSIC.
- Leakey, R. y Lewin, R. (1994) *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*. Barcelona: Crítica.
- Mithen, S. (2007). *Los neandertales cantaban rap: los orígenes de la música y el lenguaje*. Barcelona: Crítica.

Documentos en línea

- Kropotkin, P., *El apoyo mutuo: un factor de evolución*. [en línea], Boston, Porter Sargent Publishers, 1976, [citado el 3 de Junio de 2013], Formato HTML, Disponible en Internet: <http://www.kehuelga.org/biblioteca/apoyo/apoyo.html>, ISBN: 0875580246.
- López Ortiz, G., *El altruismo como factor de la evolución*. [en línea], México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Actualizado el 27/04/2006, [citado el 2 de Junio de 2013], Formato HTML, Disponible en Internet: <http://www.cienciateca.com>.